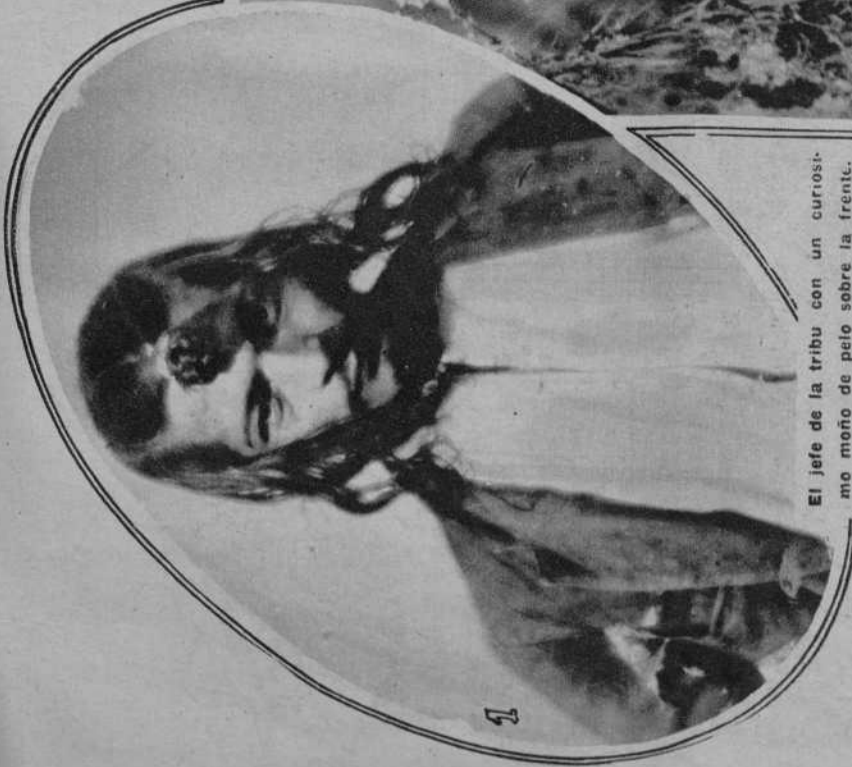


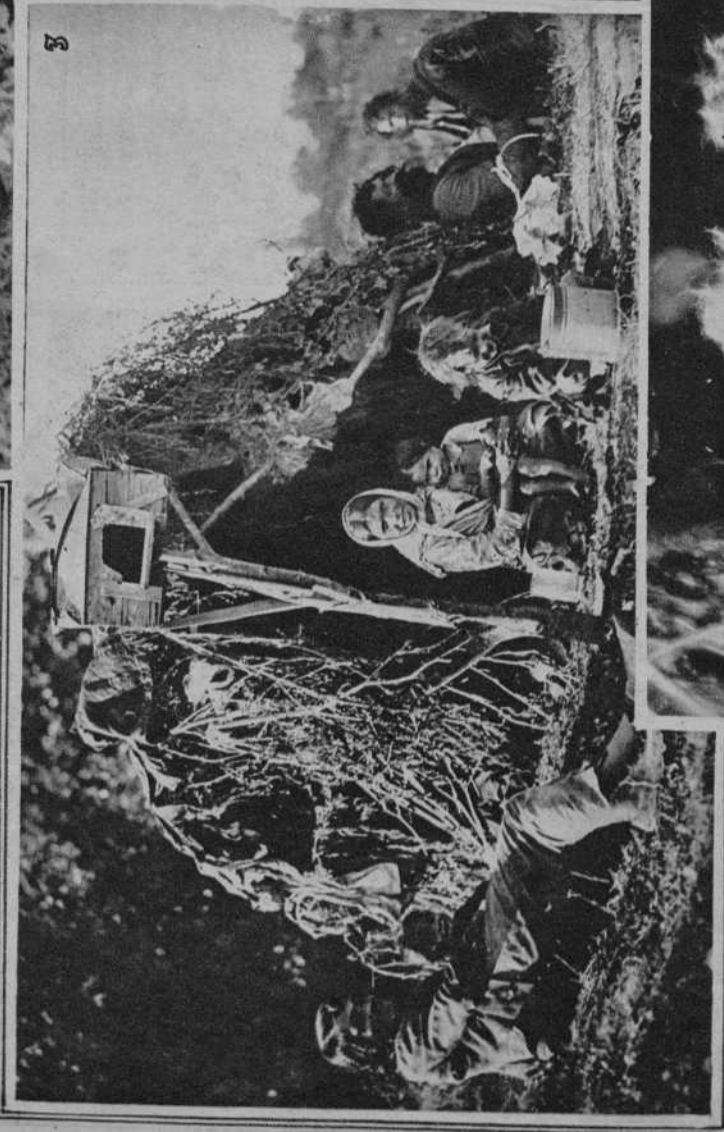
Gitanos del cen- tro de Europa.



1
El jefe de la tribu con un curioso moño de pelo sobre la frente.



2
Dos muchachas de rostro cetrino y dientes blancos.
(Fots. Sherl.)



3
La cabaña improvisada.



4
Gitanillos tomando el sol, sonriendo y comiendo.

NUM
93

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Búa Gráfico

ENERO
22
1928



5
V. A. J.—Una muchacha inglesa batallando con bolas de nieve en Hamstead, Londres.

PARA MISTINGUETT. ESTRELLA
DE MUSIC-HALL FRANCÉS, NO
PASAN LOS AÑOS

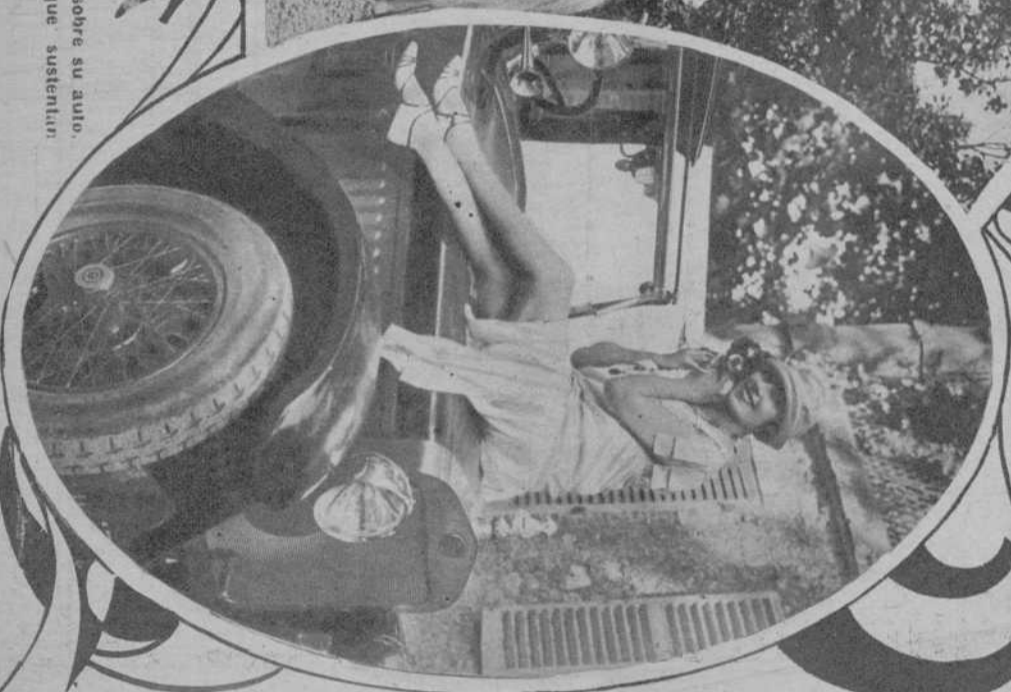


Miss, con su familia perruna.

Miss, en pyjama, pasea en compa-
ñía de Bougival, por su jardín.
(Fot. Vidal)



Miss, con dos cabras de Angora, en
una escena pastoral más o menos
verosímil.



La agilitísima «vedette» sobre su auto,
luciendo las piernas que sustentan
su fama.

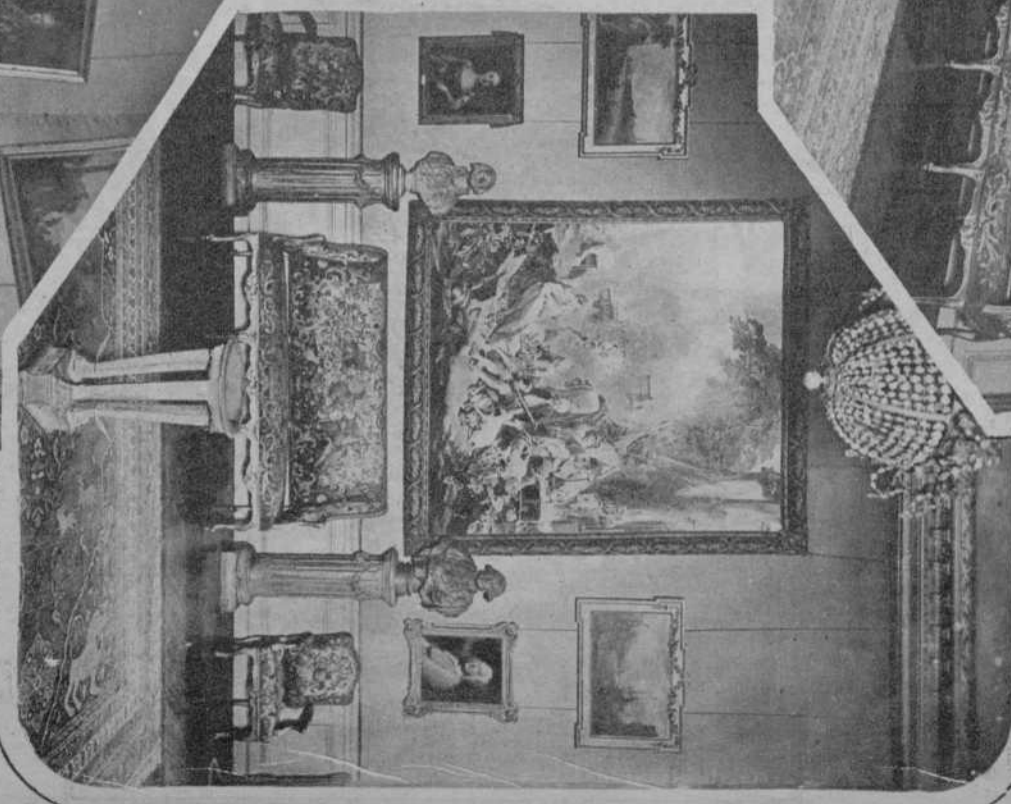


EN EL MUSEO JACQUEMART,
ANDRÉ, DE PARÍS, SE HA INAU-
GURADO, BAJO LA DIRECCIÓN DE
PIERRE DE NOLHAC,
UN SALÓN DEL SIGLO XVIII.

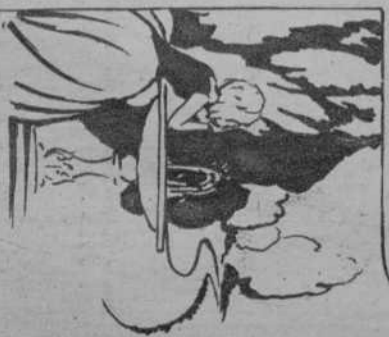


UN ÁNGULO DEL SALÓN RECONSTRUIDO CON TAN-
TA FIDELIDAD A LA HISTORIA COMO BUEN GUSTO

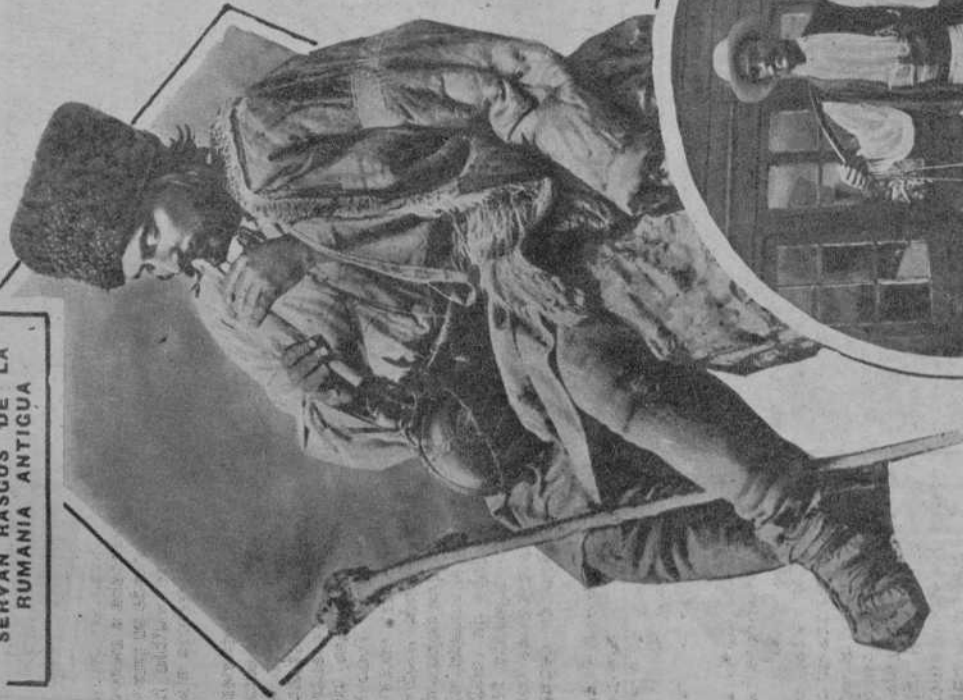
EL CENTRO DE LA SALA, BAJO EL SALOMÓN DE
CRISTAL. LA TAPIERÍA DEL FONDO ES UN
BAUVAIS AUTÉNTICO.



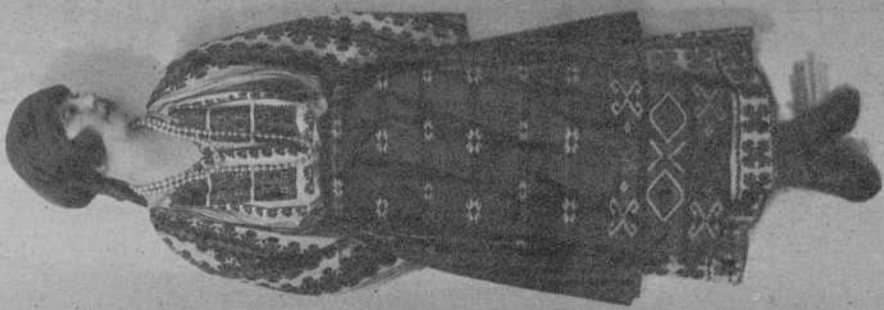
OTRO ÁNGULO DEL SALÓN,
DECORADO CON DELICADAS
PINTURAS DE ÉPOCA



ALGUNOS TIPOS DE LA RUMANIA MODERNA, QUE CONSERVAN RASGOS DE LA RUMANIA ANTICUA



Un pastor tocando la gaita



Una campesina con el vistoso traje nacional

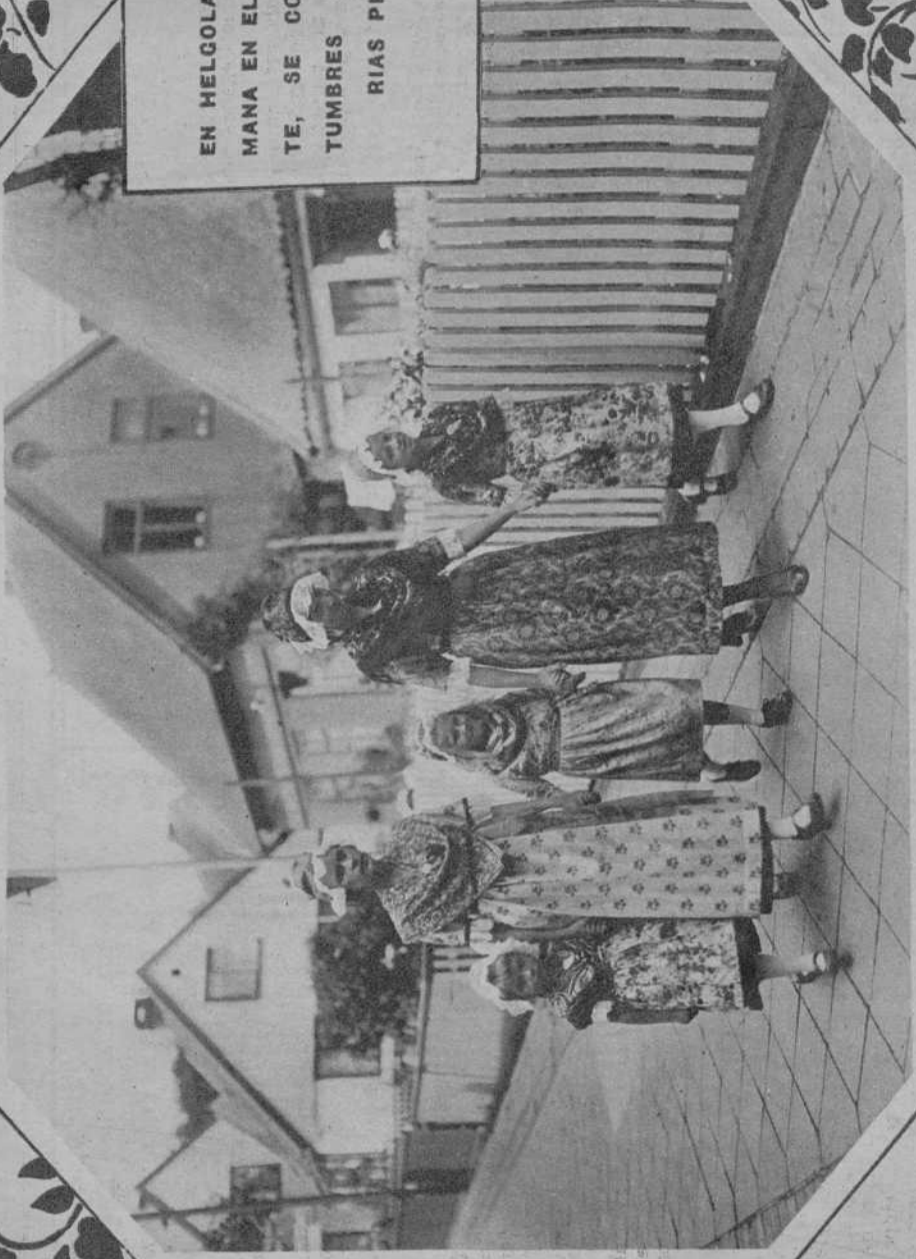


Dos campesinos con capa de piel de cordero.



Vendedores de plátanos.

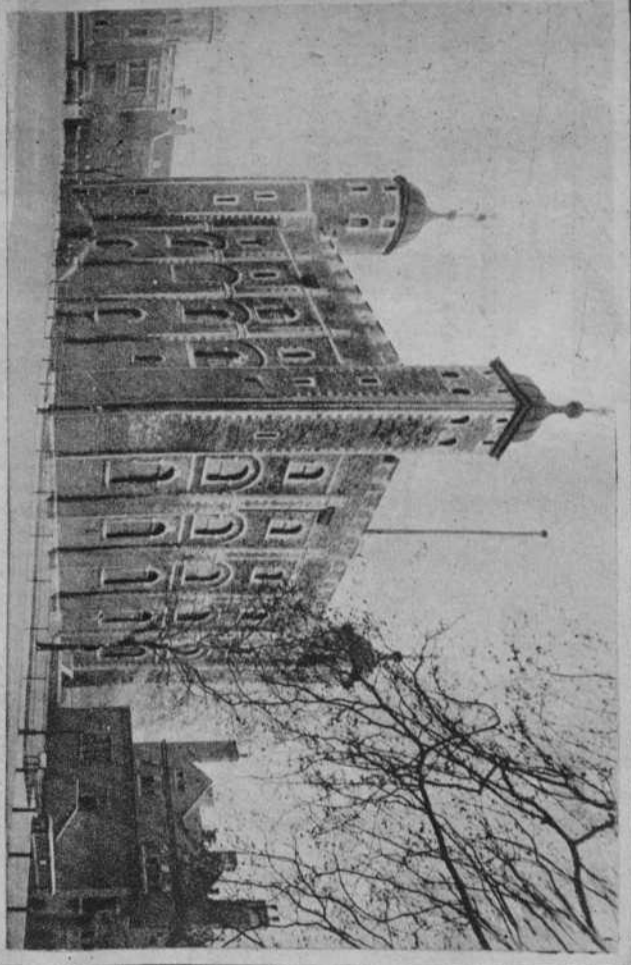
EN HELGOLAND, ISLA ALEMANA EN EL MAR DEL NORTE, SE CONSERVAN COSTUMBRES E INDUMENTARIAS PINTORESICAS



Una calle en una aldea de Helgoland. (Fot. Vidal).

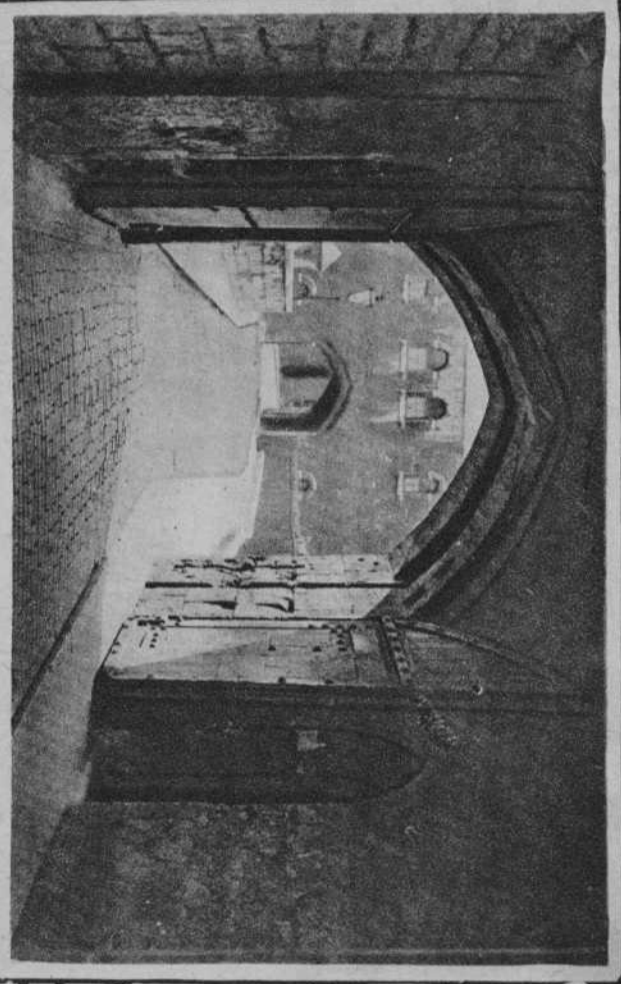


Un grupo de marinos y de pescadores entre doncellas y mujeres en traje de fiesta.

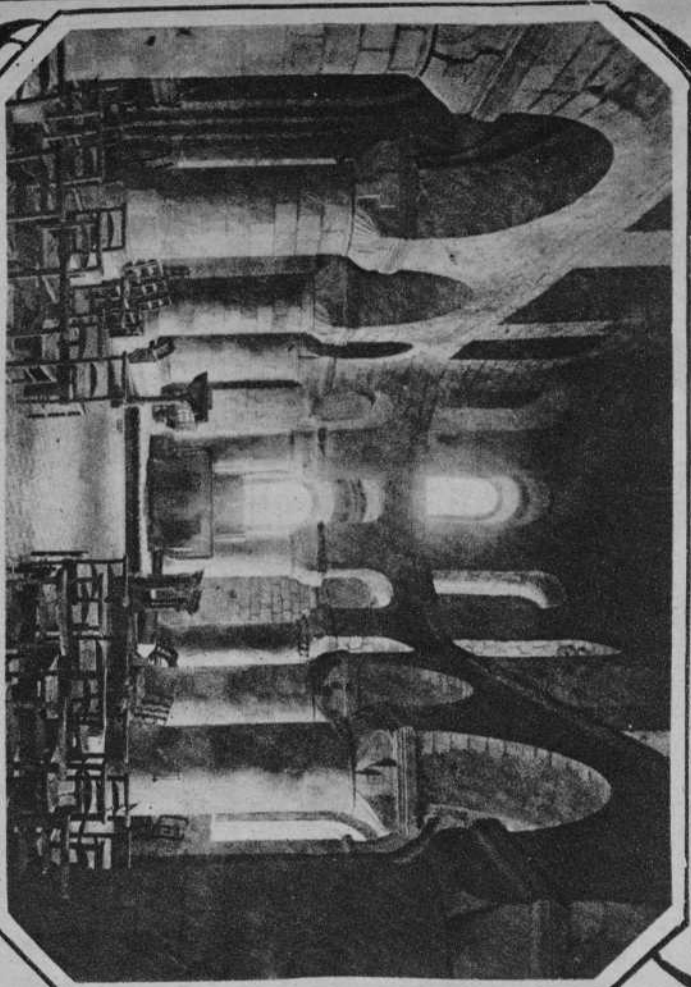


La Torre Blanca, levantada por Guillermo el Conquistador.

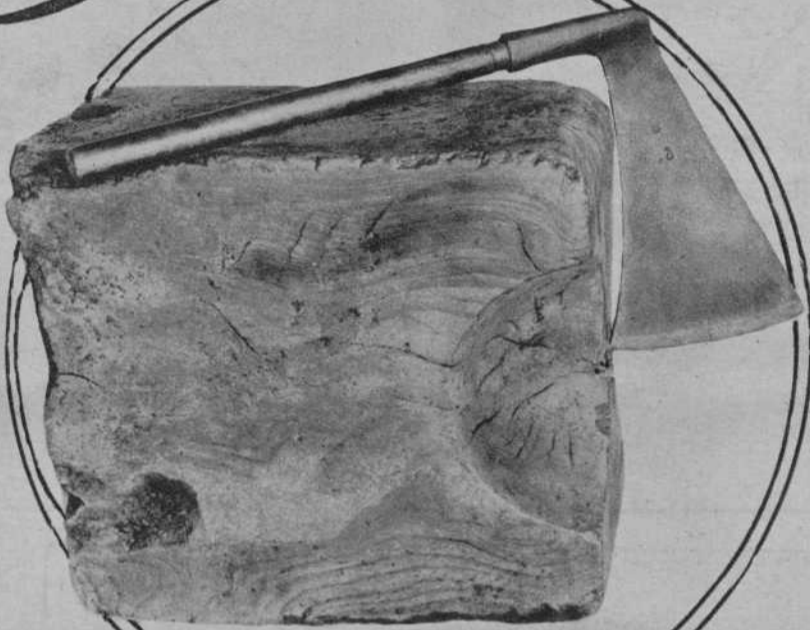
LA TORRE DE LONDRES COMPRENDIA EN SUS VIEJOS MUROS TODA LA EDAD MEDIA DE INGLATERRA. LA TRAGEDIA, AL MORAR EN ELLA LARGOS SIGLOS, HA DEJADO EN SUS PIEDRAS UN SELLO DE HORROR Y DE TRISTEZA



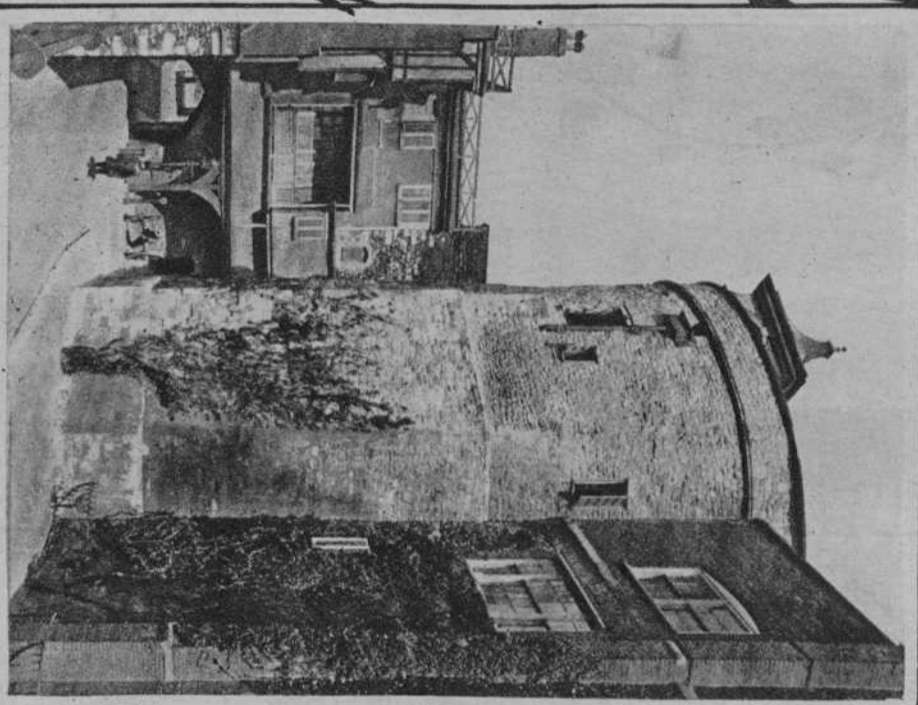
Puerta de los Traidores, en la Torre de Santo Tomás.



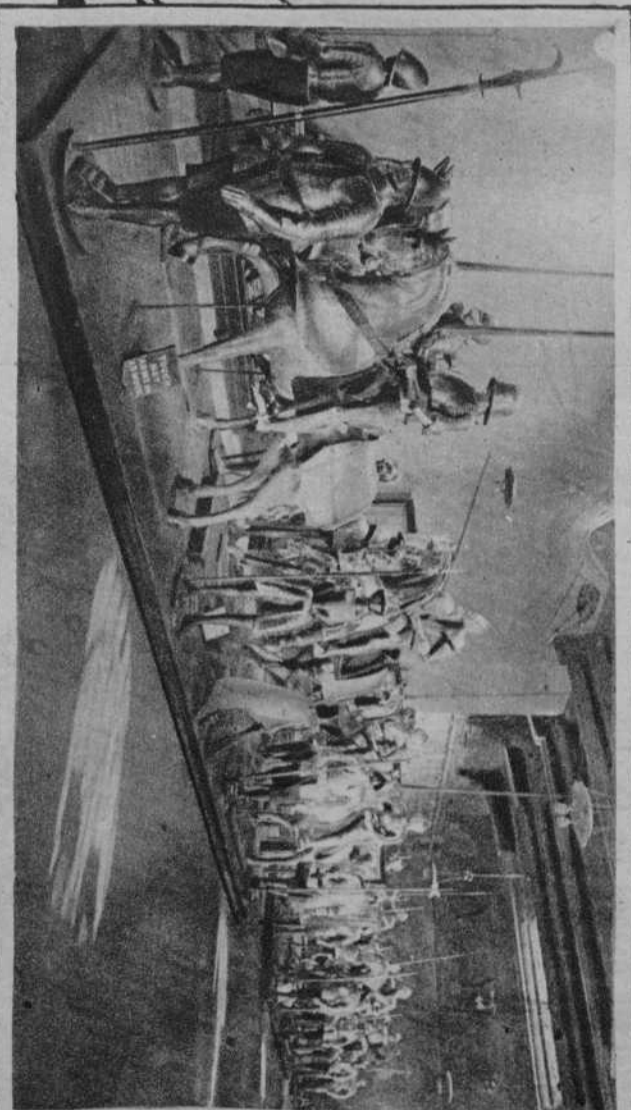
Capilla de San Juan, en la Torre Blanca.



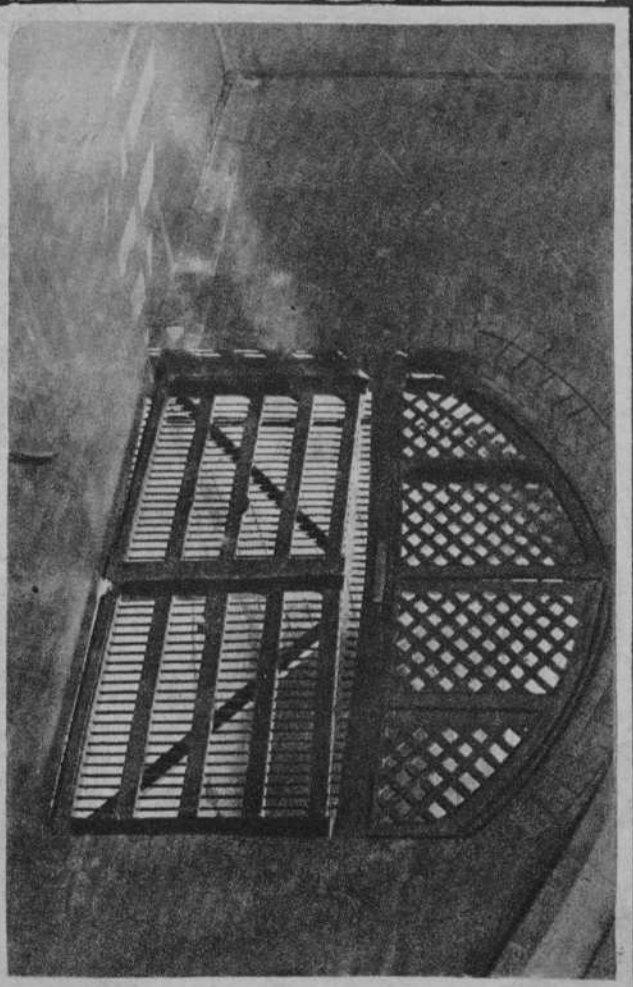
Hacha con que fué decapitado el rey Carlos



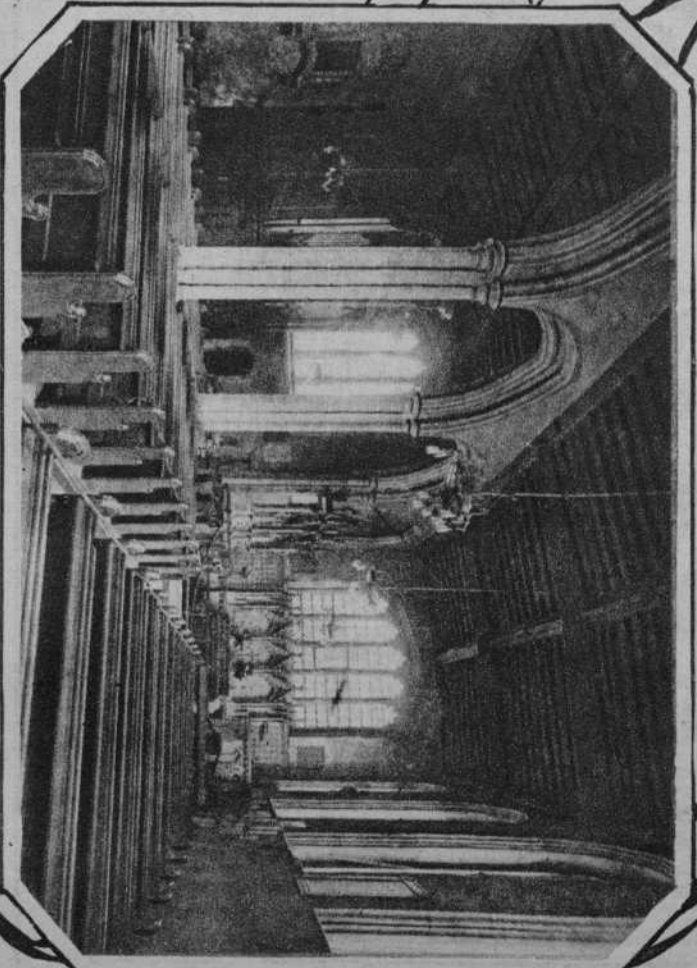
La Torre de la Campana, levantada en el siglo XIII.



Armería y Museo.



Una de las puertas del recinto.



Capilla de San Pedro, edificada por Enrique VIII.

Los grandes dibujantes del siglo XIX

JOSE LUIS PELLICER

A este dibujante atribuyen la siguiente anécdota: Eran por aquellos días borrascosos de la Revolución de septiembre. La multitud recorría los centros oficiales en busca de retratos de la reina Isabel II, para desahogar su furia. En la Escuela de Bellas Artes, entre otros, había uno magnífico, obra de Madrazo, que los dependientes habían escondido temiendo algo, al invadir el populacho la casa, toparon con uno que era un adeseo. Esto no valió. Uno de la partida, que sabía algo de pintura, gritó: No, aquest, no; volen el box. No hubo remedio. Sacaron la obra de Madrazo y, apenaban iban a poner las manos encima, un joven, especie de trovador inspirado, arrebató con furia el cuadro y apoderándose de un cuchillo de uno de aquellos energúmenos dijo: Deixeu-me-la per mi... es meva. Fa massa temps que la volia. Ara arribat la nostra... y con insaudita destreza metió el cuchillo casi a nivel del marco y arrancó casi toda la tela, echando lo demás a la multitud gritando: Ara ens veurem les cares... Ara ja et tinc... Y con frenesí arrojó su conquista desapareciendo entre la multitud que desahogó su furia en el resto de la tela y el marco, salvándose así, milagrosamente, la magnífica efigie de la augusta Majestad caída.

Esta anécdota pinta a Pelliker de natural, bueno y generoso.

Barcelonés de buena cepa, una de sus predilecciones, fué el popularizar nuestras costumbres, y sus dibujos de aspectos típicos de la ciudad, son una de las exteriorizaciones más simpáticas de su personalidad.

Colaboró en todas las manifestaciones de importancia artística, especialmente en la gran manifestación de 1888, y una de las cosas que le dan mayor importancia, es el ser el iniciador de la instalación de los Museos artísticos de Barcelona.

Acabada la Exposición Universal, Pelliker, con la base de las obras adquiridas en el Certamen, consigue que se respete la



LA PROCESION DEL CORPUS, por Pelliker.

«Contigo... no! Contigo, ni salvarme!» A pesar de lo ominoso del recuerdo, estreché débilmente contra sí el cuerpo transido de la enemiga que en la hora suprema le había demostrado tan execrable repulsión. Tal vez ni siquiera se diera cabal cuenta de a quien pertenecía ese cuerpo. De no ser el de ella, lo amparara igualmente con pasivo por irrefrenable instinto de protección.

Involuntariamente volvió a evocar los instantes precisos que precedieron al drama. Se encontraba en aquel entonces en sus camarotes de lujo, solicitada su atención por un montón de radiogramas que a intervalos de horas le enviaban sus agentes en Nueva York. Su secretario, Janson, hacía anotaciones al margen de cada uno de ellos y se las pasaba ordenadamente para las definitivas del jefe. Adela, hermosa como nunca y envolviéndole en una de sus miradas serenas, abandonó la cámara, encaminándose al salón de baile. Entretanto, pausadamente, él siguió entregado a sus asuntos, dictando resoluciones breves que Janson convertía en cables cifrados y eran pasados, momentos después, al telegrafista de a bordo. El buque marchaba con tanta calma que apenas se percibían sus movimientos. De pronto Janson, con voz clara y cristalina, le había dirigido esta advertencia:

—Aquí hay, señor; el despacho de Hamburgo, retransmitido desde Nueva York, concerniente a la propuesta Eberlein. ¿Quiere indicarme su decisión?

—¡Al diablo con Eberlein!—había exclamado Drabhan, que expreso había dejado para lo último el asunto Eberlein; y al echar mano a la cartera para cotejar el último despacho con otro anterior complementario notó su falta. ¿Dónde podía haberlo puesto?

Recapacitó unos instantes, tras de los cuales, recordó que lo había dejado en un bolsillo de la chaqueta que había usado de turista. Importaba antes de la respuesta definitiva hacer un cotejo de los dos mensajes. La chaqueta debía de estar en su cabina dormitorio, donde la dejó al cambiarse de ropa para la comida.

—Entretanto, Janson, siga pasando a la máquina esas propuestas ya definidas, mientras yo voy por lo de Eberlein.

Y exento de la menor prevención, abandonó su lujoso departamento, avanzando ciegamente por la senda del destino. La chaqueta no estaba en su cabina. ¿Dónde diablos podía estar? Después de alguna meditación, creyó recordar que la llevaba puesta cuando, por la tarde, estuvo en los aposentos de Adela y que, mientras conversaban, se la había sacado. Forzosamente había que ir allí. La doncella de su esposa no había terminado aún de comer en el departamento de segunda y no disponía de medio alguno para que se la trajeran.

Traspuso, pues, la puerta divisoria de ambos camarotes y comprobó en seguida que estaba en lo cierto. En ese instante la cerrazón que envolvía al barco comenzó a diluirse e i un preludio del temporal que hizo rolar al Malanesian, volando por el suelo muchos objetos que estaban sueltos sobre las mesas.

¡Qué imprudencia! Entre otros de esos objetos se hallaba el cofrecillo de joyas de Adela. Evidentemente, no había a bordo el peligro de robos, pues, además de ser de confianza la dotación del Malanesian, la otra puerta de salida estaba herméticamente cerrada. Pero así y todo no dejaba de ser una imprudencia, pues las joyas que tenía Adela en el cofrecillo ascendían a varios centenares de miles de dólares. Viendo que el lujoso recipiente estaba próximo a caer, Drabhan se precipitó para retenerlo, pero tarde. La caja se deslizó de la mesa y rebotó en el piso, abriéndose de par en par en una erupción de piedras deslumbradoras.

Disgustado, se arrodilló sobre el encerado para recoger las alhajas, y entre éstas observó la presencia de un papel cuidadosamente doblado, que atrajo su atención. Malagrimosamente lo desdobló. Era un radiograma. Estaba concebido así:

«Drabhan (A). Malanesian, Honolulu.—Siempre pensando en tí, te reitera su amor.—Jorge».

Estupefacto, casi inconsciente de su situación, permaneció largo rato en aquella postura mirando el radiograma. No podía dar crédito a sus ojos. ¿Jorge?... ¿Jorge Adiscombe? Las ideas se agolpaban atropelladamente. Jorge Adiscombe... Nuevamente leyó la frase denunciadora; y, como si de súbito le acometiera un mal, se sintió indisuelto, abocado a una crisis. Pero... ¿cómo pudo haber recibido este radiograma sin que él se enterara? Volvió a examinar el mensaje y la vista se detuvo en la A, entre paréntesis.

Sin duda, ésta era la contrasímbola convenida. ¿Y Janson?... ¿Cómo se prestó Janson a esos manejos? Verosimilmente debía haber sido sobornado, con lo cual, el círculo de traiciones quedaba redondeado. ¡Así respondía a su confianza! Por un instante vivió en un completo aniquilamiento, desoso de que el Malanesian se hubiera hundido a sus pies.

Así permaneció algún tiempo, completamente ensimismado, hasta que se incorporó, poco a poco, dejándose caer abatido, en una silla de brazos. Hizo un esfuerzo para ordenar las ideas. Adela... Adela y Jorge Adiscombe! Luego, la estatua glacial, la mujer marmórea, fría, no era tal mármol, ni había tal estatua. Y él, por su parte, vehementemente y apasionado, como ella misma, no había podido acallar esta impaciencia y osó telegrafiarla imprudentemente. ¡Qué par de apasionados! «Si amor.—Jorge». ¡El trasto inútil, figurin de modas, atrevese a fijar la mirada en su esposa y hasta hacer alarde de sus amores! ¡Y ella, la dama severa, la que por nada deponía su orgullo, por grandes y valiosos que fueran los regalos, ofenderle de aquel modo!

Subitamente se sintió invadido de un furor salvaje. ¡Burlarse así de él, que un instante habría podido aniquilar un millar de hermosuras y tonas y de Jorge Adiscombe!

¡Y Adela!... ¿Quién había sospechado de ella tal cosa? No sabía, a ciencia cierta si sentía por ella un cariño verdadero, pero de lo que sí estaba seguro era de que la respetaba, de que le tenía infinidad de atenciones, tratándola con un tacto y una deferencia cual a la más costosa de sus adquisiciones. Todo cuanto pudiera comprarse con diamantes, pieles, autos y hasta el sostenimiento de un numeroso y opulenta familia, se lo había ofrecido opulentamente, aun cuando no le envaneciera la idea de que era amado por sí mismo. Amado no, pero, por lo menos, tratado lealmente.

Semiembrutecido, se incorporó de la silla y se encaminó, tambaleante, a la pieza contigua.

—Janson, ruéguele a la señora que tenga la bondad de venir a verme.

—En seguida, señor—dijo el secretario, ajeno en absoluto a toda idea de peligro.

Poco después había comparecido, soberbia, despectiva, con Janson tras suyo y que la servía deferente.

—¿Me has hecho llamar, Antony?

—Adn le parecía recordar el tono sereno de su voz.

Encontrando difícil el expresarse en aquellas circunstancias, se había limitado a alzarle el radiograma, sobre el cual ella fijó sus bellísimos ojos, de un candor impecable. Adela estrujó el papel, con una mano y se volvió para mirarle. Sobrevino un instante de silencio.

El lo interrumpió con voz que no parecía la suya.

—Janson... ¡Desde este momento está usted despedido!

—¡Señor!—clamó el empleado y recordó la honda alteración que reflejaban sus facciones. (Y media hora después, ese hombre estaba muerto! ¡Ironía!).

Ella se le había encarado con su actitud de resuelta protesta.

—Antony!

—No puedo permitir que más sirvientes se dejen sobornar, ni siquiera por mi esposa. Las mejillas de Adela se arrebolaban por la indignación.

—Yo no he sobornado a Mr. Janson. Encarándose con su secretario todo tembloroso, inquirió:

—¿Es o no cierto que puso aparte este radiograma indigno y se lo entregó a la señora?

—Sí, Mr. Drabhan... Lo hice porque no sabía negarme a nada de lo que la señora ordena.

—Perfectamente. Cuando lleguemos a Singapur deja el vapor. Allí saldré a su cuenta.

Janson se había retirado y los dos esposos quedaron frente a frente, solos en el camarote.

—¿Y bien?—exclamó Adela.

—¡Ah, ya! ¿Conque no lo niegas, entonces?—y en su furor apenas podía balbucear las palabras.

Ella encogió sus hombros desmudos en una respuesta de soberbio desdén.

—¿No tienes nada que decir en tu desquite?

—Tal vez, pero sin duda me dirías que dejar el barco en Singapur—repuso, con frialdad insultante, perfectamente dueña de sí misma.

—No antes que te diga lo execrable que eres, el concepto que tengo de ti.—Y le enseñó todo cuanto había hecho por ella, por su familia para salvarla de la ruina, la vida fastuosa que le había proporcionado en los pocos años desde su casamiento. ¡Y ella, en cambio, qué había hecho por él! —Ya sé... ya sé—contestó ella, molesta—has pagado por mí en estos tres años sumas inmensas. Pero no necesitas estarme diciendo en todos los instantes de nuestra vida.

Por fin pudo él recuperar su serenidad y oponer sarcasmo a sarcasmo.

—¡Hice un mal negocio—dijo.

—Tal vez—contestó ella en tono entre digno y sombrío.

—¡Mujer impudenta!

—Pero... ¿es que no te das cuenta de lo que pierdes, de lo que despreciarás? Otro gesto con su soberbia cabeza dió la contestación.

—El año pasado, si no he contado mal, como unos cinco millones de dólares. Y más o menos lo mismo en los años anteriores. Desde que me casé contigo no ha llegado a mis oídos otra cosa que dinero, dinero, dinero... hasta que no he podido más y he intentado un gesto de liberación.

—¿Con ese Jorge de Adiscombe?—agregó él con frío sarcasmo.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—A lo menos, la vida con él es algo más que un mercado sérdido.

Fue el ultraje final. Casi en seguida el temporal comenzó a recrudecer. Hallábase él meditando la frase que pudiera aniquilar también toda posibilidad de reconciliación, cuando sobrevino el choque, aquel pandemónium de chillidos, toques de sirena, la pesadilla de los botes y el forcejeo de ella que culminó con aquel espantoso «Contigo... no! Contigo... no!»

...Y de una manera imprevista, en el número de horas que habían transcurrido en cierta madrugada en una ribera arenosa, cerca de la cual se columpiaban las palmeras. A poca distancia susurraba la voz de un arroyuelo, en el cual, los naufragos apagarón su sed de dos días. El agua, de un cristal puro, les vivificó.

A la sombra de un grupo de palmeras, un hombre de musculatura recia, vestido con ropas desgarradas, de un carácter indefinido

PAGIN A IN F ANTIL

El viejo trovador

En el gran salón de un antiguo castillo feudal, se hallaban dos niños. Su madre, hermosa y bondadosa dama, se acaba de retirar a descansar y su padre, poderoso conde, había partido esa mañana para una cacería, seguida de un numeroso séquito. Ante la puerta del castillo se detuvo un anciano trovador de larga barba blanca.

—Entra buen anciano—dijo el más pequeño de los niños, íbamos a cerrar, pero no importa. Prefiérimos que pase adelante y nos relate algún cuento. Entra, trovador.

Y así lo hizo el anciano, que se sentó al lado del fuego, y empezó su relato mientras acariciaba la cabeza de los niños que miraban curiosamente su latido y su roja capa destechada por el tiempo.

—Había una vez un rico conde, propietario de varios dominios. Era muy bueno y, por lo tanto, muy querido por sus súbditos, pero llegó un momento en que sus cotarras tramitaron contra él una conspiración y lograron apoderarse del condado y aún llegar hasta las mismas puertas del castillo donde él habitaba. Era noche oscura y viendo el conde que echaban abajo las puertas e invadían los ricos salones, se refugió en un subterráneo y cavó a toda prisa un agujero, donde escondió sus riquezas, monedas, collares y joyas. Después, poniéndose sobre los hombros una capa roja, escondió debajo de ella su mejor tesoro: una niña pequeñita y blanca como una azucena, y saliendo al campo por una puerta falsa huyó del castillo. La niña dormía.

Los dos niños del castillo escuchaban con gran interés.

—El conde caminó toda la noche y cuando amaneció estaba ya lejos. Como no llevaba fortuna para ganar así el dinero necesario para poder vivir, y era su voz tan hermosa y tan lindas las canciones que cantaba, que en todos los pueblos se le acasajaba. Así pasaron años y más años, vagando y cantando.



—Se murió tu hermanito, Carlitos?
—Sí, pero yo estuve más enfermo que él.

.....
sintiéndose feliz porque tenía a su querida pequeña.
A los dos niños les parecía muy lindo el cuento.
—Pero así vagando y cantando pasaron tantos años que la capa fue decolorándose hasta perder su rojo color y la niña se transformó en la joven más linda del contorno.

Un día que iba caminando adelante de su padre para pedir limosna, pasó junto a ella, montado a caballo, un joven hidalgo extraordinariamente hermoso.

—Caballero, mi buen caballero—dijo la niña—¿podéis favorecerme a mi y a mi padre?

El joven le tomó la mano.

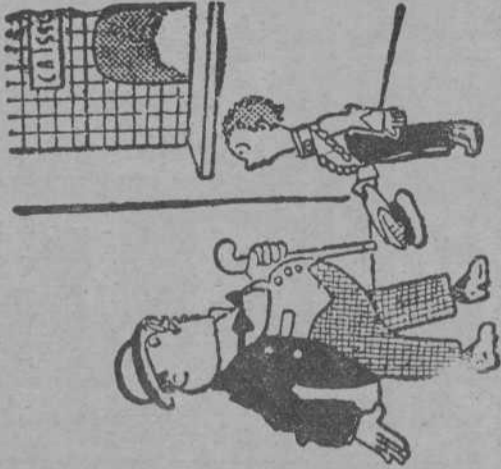
—¿Tú sí que puedes favorecerme a mí, linda peregrina. ¿Quieres ser mi esposa?

El viejo trovador, que se acercaba en ese momento, oyó estas palabras y dijo:

—Si sabes valorar el tesoro que en ella se oculta, la elevarás hasta hacerla reina. Y a la mañana siguiente, en el primer pueblo que encontraron, un sacerdote casó a los dos jóvenes. A la alegría de la joven al verse casada con tan bello príncipe, se mezclaba el dolor de tener que separarse de su anciano padre. Después de una desgarradora despedida el pobre viejo se alejó con los ojos llenos de lágrimas y siguió su camino vagando y cantando, teniendo como único consuelo en su soledad el pensamiento de que su hija era feliz.

Unas voces en la puerta del castillo interrumpieron el relato del anciano. Era el padre de los niños que regresaba de la cacería.

.....
—¿Qué dices, muchacho? Que tu padre está al frente de un Banco?
—Sí, señor. Es limpiabotas.



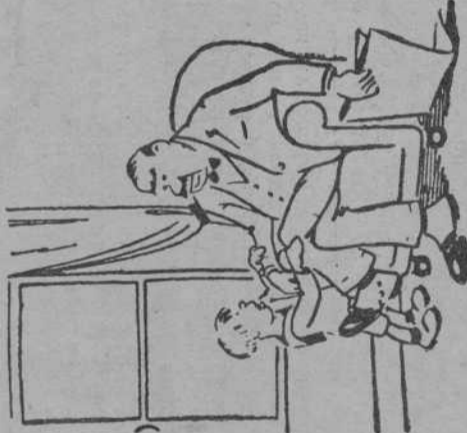
.....
lha presuroso a besar a sus hijos cuando se detuvo furioso al ver al trovador y exclamó:
—¡Vil mendigo! ¿Con qué permiso vienes a perturbar a mis hijos con tus absurdos cuentos? Te juro que no lo harás otra vez. Alguaciles, llevad a ese hombre al más sombrío calabozo del castillo.

Pero los soldados, conmovidos ante la noble actitud del anciano, no se atrevían a moverse. A los gritos bajo de su cuarto la madre, quien reconociendo en el trovador a su padre, se arrojó a los pies de su esposo, pidiendo piedad para el anciano. Los niños se arrojaron también ante su padre, pero éste no podía calmar su furor. Entonces, con sonrisa que hacía resplandecer todo su rostro, habló así el anciano trovador:

—Domina tu furor, alto caballero. No es de pechos nobles atacar al huesped por humilde que sea, y menos lo es hacer llorar a una mujer y a dos criaturas insultando ante ellas a un padre y un abuelo. Porque vosotros sois mis nietos, hijos míos, y vuestra madre es mi hija, la niña que anduvo largos años por los caminos debajo de mi capa roja. Yo soy el trovador que iba vagando y cantando; yo soy,

por lo tanto, el conde, legítimo dueño de este castillo.

El hidalgo, padre de los pequeñuelos, quedó confundido. Recordaba que su padre, siendo el muy pequeño, se había apoderado de aquel castillo. El trovador, dijo entonces que para demostrar que decía la verdad le acompañaran a un lugar donde él había escondido su tesoro antes de partir. Todos bajaron con él al subterráneo.



—¡Papá! Hoy he dado diez céntimos a una pobre viejecita.
—Así me gusta, hijo mío. ¿Y qué hacías?
—Vendía bombones.

.....
terráneo, y el conde, sin vacilar un instante siquiera, removió una piedra y aparecieron los lingotes de oro, los magníficos collares, las preciosas joyas, los altos montones de monedas de oro y de plata.

Todos los presentes reconocieron al viejo trovador como señor y dueño de aquellos dominios, y su yerno se arrojó ante él, besándole la mano y pidiéndole perdón. Y cuentan que desde aquel día nunca negó hospitalidad a ningún mendigo, ni a ningún peregrino.

Así los dos niños vieron por sí mismos el fin de la historia. Fueron príncipes, pero más que el conde, más que las joyas del rico tesoro, le gustaban los lindos cuentos que el conde les relataba acompañándose del laúd, sentados los tres al lado del fuego.

Mas hermosa, el alma!

.....
—Niña, se ve que eres buena; niña, se ve que eres sana; como los chorros del agua, como los coleros del agua.
—¿A dónde vas tan ligera y sola, tan de mañana?
—Como una rosa de mayo, llevo de joya tórrida aquella que está al pie de la montaña; aquella grande que tiene las chimeñas tan altas. Voy ligera porque pronto darán las tres campanadas quiero estar en mi puesto para no perder mi plaza. Mantengo a tres hermanitos; mi madre está enferma en cama; mi padre, que era tan bueno, hace un año que nos falta... Me levanto muy temprano, y ya dejo a estas horas arregadita mi casa... —Anda con Dios, hija mía, si hermosa tienes la cara, más hermosa, niña buena, debes de tener el alma!

EL CUENTO DEL DOMINGO

LA COLUMNA DE HUMO

POR

BRITTEN AUSTIN

ILUSTRACIONES

F. Bosch.



.....
pósito de bencina, que solía llevar en uno de los bolsillos del chaleco. Notó con júbilo que aun lo conservaba; pero temeroso de que el agua lo hubiere vuelto inservible, se lo alargó al compañero, mientras se esforzaba por bogar con una sola mano para mantener la barca en posición.

Compartiendo los mismos temores de que la torcida no prendiera, el marino formó un hueco hermético con las manos y oprimió el resorte. Del diminuto artefacto brotó una débil chispa que bastó para darse cuenta de la posición de los distintos aparatos en el bote. Con cuidado extremo el navegante acercó la llama al fanal, cercado de alambres, y también esta vez, felizmente, prendió la torcida, a despecho de las vie-lentas rachas. Por la primera vez desde que estaba a bordo, Drabhan vio iluminada la cara del hombre que el destino le había deparado por compañero. Era la encarnación típica del viejo lobo de mar, con patillas grises, tez curtida y mirada punzante, que escrutaba impávido la batalla del mar, de aquellas moles encrespadas, de aquellos abismos pavorosos, que la canoa recorría en posiciones inverosímiles.

Gracias a los destellos de aquella luz, la operación de fijar la polea en posición e izar el velamento pudo ser llevada felizmente a cabo. El trozo de lienzo se hinchó violentamente y la barca, esta vez, tomó una dirección menos peligrosa, que reducía las probabilidades de zozobrar.

—Mejor de lo que esperaba—murmuró satisfecho el marino.—Retire los remos y córrase a la derecha del bote. ¡Ahora a la capa! Realmente creí que no la contábamos. Ya vendrá mejores momentos...

La menuda embarcación se deslizaba como flecha sobre aquel hervidero infernal, que no se aminoraba en violencia. Unas veces caía como precipitado al fondo de las columnas de agua; otras se empujaba casi verticalmente en demanda de la cresta ve-cina que burbujaba fragorosamente. Ma-

.....
—¡Afirme el remo, don Gominal!—ordenó perentorio el viejo lobo de mar.—Si no nos vamos a ver fea.

La frágil embarcación, azotada de todas direcciones por el huracán furioso, se debatía desesperadamente entre montañas de agua que a cada momento amenazaban hundirla. Mr. Antony Drabhan bogaba violentamente a fin de rectificar la posición del bote y ponerlo en un ángulo que permitiera capear el temporal. En aquellas circunstancias habría sido una temeridad querer elegir rumbos; o se ponían al páiro, con ayuda del pedazo de vela que el viejo lobo marino se esforzaba por sujetar al palo, o el endeble barquichuelo sufriría un tumbo bajo el azote de los elementos desentendados.

Fuera de toda duda, no necesitaba el conocido archimillonario norteamericano de imposiciones rudas para que se empleara con todas sus fuerzas en poner la popa al viento. Había que correr el temporal a todo trance. Milagro grande era que las débiles tablas de la canoa resistieran los embates de aquel mar embravecido.

—Si no nos vamos a piqué, se le pasará raspando—refunfuñaba el marino, mientras se esforzaba por acondicionar los aparejos y afirmar el palo en la abertura del centro. Rafagas violentísimas trataban de arrancar de manos del marino aquel retazo de velamen, única esperanza de salvación. Amenazando constantemente de ser arrojado al mar y continuando la obra en medio de densas nieblas, la tarea de izar la vela avanzaba penosamente en una sucesión de minutos interminables.

—No habría medio de tener un poco de haz?—masculló, impactentado, el lobo marino.

Éstos fueron, en aquellas circunstancias eran inservibles, sobre todo después de la prolongada inmersión que habían sufrido. Sin duda, se habrían hecho papilla. Drabhan recordó subitamente el encendedor, con de-

.....
Entre el fragor de los elementos enfurecidos y expuesto a cada instante a que el corazón dejara de latir, ¿qué importaba ser amo del Transatlantic Trust, ni que fuera él el hombre que hacía temblar a Wall Street? Con un poco de ironía y algo de sarcasmo se concilió fácilmente con la situación y con las circunstancias dramáticas que les rodeaban. ¿Por qué preocuparse de aquella ruidez? El rístico lobo de mar hablaba con la lealtad que le era propia, ignorante tal vez del poder, y de

los esplendores que componen la aureola de los multimillonarios; pero si su tono era boeco y poco sabia de las complicaciones de las ciudades, tenía una pericia más preciosa que la de muchos magnates de la tierra, gracias a la cual tal vez se salvarían del naufragio.

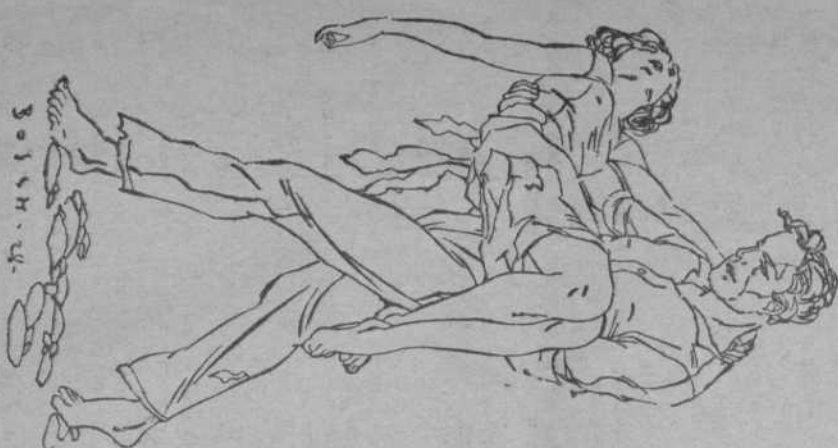
—Mejor será que observe cómo sigue Adela—dijo para sus adentros—y con las precauciones que le habia ordenado su compañero de infortunio, se corrió junto a ella. En la popa de la embarcación una mujer yacía ríida, inanimada.

Drahan se inclinó sobre ella. Desnuda de hombros y revestida de una sutil toilette de recepción que se habia pegado a las carnes como un simple andrjjo mojado, la opulencia de su cabellera de ébano descendía en un marco de misterio poético. A la mortecina luz del fanal, izado sobre el mastil de proa, sus lineamientos denunciaban la poesía fuerte del abogado. El hombre la palpo suavemente.

—Muerta?—interrogó el marino.

—No. Drahan, aunque con dificultad por el bati-joleto del bote, que era precipitado por el viento cruzaba a otra, de un abismo a otro, se esforzó por observar más internamente. La embarcación, que habia hecho agua en abundancia, mecía en sus ondulaciones el cuerpo inanimado del naufrago, barriendo lo de pies a cabeza, como en un anhelo de arrebatarse el último vestigio de vida que en él quedara. El hombre la alzó cuidadosamente, incorporándola a medias, con el fin de que pudiera quedar recostada contra uno de los costados del bote. La mujer no hizo el menor movimiento. Su cabeza, inertes, caía de uno a otro lado; los brazos, yertos, de una flacidez absoluta, denunciaban la insensibilidad de las supremas crisis. La carne, con su frialdad glacial, acentuaba esta impresión.

El millonario vació un momento. Se despojó del smoking y con él envió el cuerpo al mar. Poco eficaz debía ser este auxilio, pues como todas las cosas y las personas de la embarcación estaba chorreando, pero siquiera serviría de abrigo contra



el viento y del oleaje. La temperatura en aquella zona del Pacífico era sumamente templada. Como si en el cuerpo comenzara

a manifestarse una reacción, cierto estremecimiento lo agitó levemente. El naufrago, respondiendo a la ligera sensación que no le habia pasado desapercibida, se inclinó suavemente sobre la mujer, en un afán de transmitirle algo del potente calor que fermentaba en su pecho.

—No parece que sea su mujer—observó el marino en una calma fagaz del viento al herir el bote el abismo de dos olas monstruosas.

—Lo es—replicó secamente el otro. Volvió a reinar el silencio. Anthony Drahan se acomodó lo mejor que pudo para tener estrechamente unido a sí el cuerpo de la desventurada. Gradualmente los vestigios de vida fueron haciéndose latentes, hasta que un tenue suspiro entrecabrió los labios amoratados. Creyóse que la pobre mujer volvía lentamente de un letargo mortal. Drahan, presa de una especie de delirio, susurraba frases inarticuladas a cada uno de estos síntomas perceptibles, que eran el retorno a la vida. Indudablemente, aquella vida era para él el más precioso de los tesoros. Inquieto preguntó al marino: —¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Lo sé yo acaso? Por ahora a cualquier lado, con tal de salir de este infierno!

—¿No hay luces a la vista?

—Ninguna. La cara rugosa del marino, a la debilidad del fanal de proa, dejaba entrever al hombre de palabra sobria. Lanego aladío pensativo:

—Si no me engato, creo que somos los únicos que han quedado con vida.

Estas palabras, apenas perceptibles entre los rugidos del vendaval, contribuyeron a acentuar el horror de la situación. ¡Bonidad divina! ¡Y a bordo del «Malansón» habia, cuando menos, ochocientos pasajeros! Todo ese mundo, devorado por el mar, se le reapareció a la vista, entregado a sus juegos, despreciable, platicando animadamente entre las plantas y las luces de los salones que asemejaban las lujosas dependencias de los grandes hoteles, de un magnífico palacio fotante. Los hombres, en traje de etiqueta, jugaban al póker o al bridge; las mujeres, con riquísimas vestiduras de moda, jugueteaban languidamente con sus abanicos, charlando des-cuidadamente, mirando a esta o la otra pareja que se dirigía a bailar al son de la orgueta de a bordo, refugiada bajo un dosel de palma que realizaba la belleza y el esplendor del cuadro. No habia transcurrido ni una hora de todo aquello. ¡Y ahora...!

Un escalofrío recorrió su cuerpo al evocar el instante de intenso horror que asaltó su ánimo al producirse el drama. Fue una mente en el más grande de los terrores que pueden asaltar al hombre. El drama lo arrolló todo, los lanzó a todos al abismo de espanto que trocó la alegría del momento en un dolor que se desbordó en un grito de desesperación que casi le hacían imposible por las olas que casi le hacían imposible sostener la cabeza de la compañera que querria arrancar de la muerte y cuya inanimidad era revelación de siniestro augurio.

Intentó apartar de sus ojos la visión angustiosa, mas ésta reaparecía con contornos más nítidos cuanto más se esforzaba por alejarla. En su cuerpo llevaba incrustada, hasta lo más profundo de su ser, la tremenda sensación del desgarre que se sintió en el fondo del buque; el catástrofo súbito que destruyó el palacio en el cual transcurrían sus existencias; el campañileo tétrico, acompañado de voces e intimaciones que resonaban desde un extremo a otro de la nave, la voz estridente de la sirena de a bor-

do, reveladora de la desgracia, y por último, la carrera desenfrenada, el salvés quien pueda de unos seres entorpecidos por el auxilio que únicamente podía enviar la Providencia.

Recordó perfectamente la actitud de estupor con que él y Adela habían puesto término a sus recombinaciones, al sentir la embestida que hizo estremecer el casco, y recordó, asimismo, la expresión de asombro que ensombreció sus ojos al oír el clamor de las mujeres, en una atterridora imprecación de auxilio. Resentidamente, a despecho de la querrela que se habia hecho enemigo mortal, él se habia abalanzado sobre la mujer, la habia asido por las muñecas, arrastrándola hacia la puerta, no obstante el encono con que ella se defendía, activo el gesto, insolente la mirada, con expresión de rabia y desden tales que lo angustiaron del momento no bastaba a quebrantar. Implacable y sarcástica, cual si quisiera pasar a la otra vida con un supremo aliento de odio, le lanzó al rostro palabras atroces, inolvidables, que se superpusieron a la misma angustia del naufragio.

—Dígame que me mueren! ¡Contigo, ni salvarme quiero! ¡Triunfo él, pero hubo de triunfar a viva fuerza, empleando todas sus energías para arrancarla del camarote y llevarla hasta cubierta, donde la multitud daba muestras de terrores inimaginables. Al llegar a este episodio, evocó la explicación breve que le ofreció un oficial, al preguntarle las causas del siniestro:

—Ochoque con un buque abandonado. Un gran lienzo del fondo ha sido completamente desgarrado. El inmenso ruidor de agua iba imprimiendo al buque una inclinación fatal. En una arrollada que exigió todas las potencias de su ser, se lanzó a uno de los botes, venciendo las últimas resistencias de la mujer, palmo a palmo, en un forcejeo en el cual ambos demostraban la misma violencia y desesperación. El desprecio de aquella negativa fué nuevamente repetido:

—¡Contigo... ni salvarme quiero! —Por Dios santo, mujer! ¡Olvídate ese! ¡Olvídate!

La evocación en este momento tomó un cariz distinto. Supongase que no fueran salvados, que fatalmente hubieran de perecer, como clamaba Adela. Imaginó entonces la consternación que la noticia de su muerte causaría en Wall Street, el sinnúmero de comentarios que se haría en la zona de los rascacielos, en la misma Bolsa, en el Transatlántic Club, donde la magnitud y diversidad de sus negocios constituían un verdadero Maestroom financiero. ¿Qué harían sus colaboradores en aquella situación? ¿Quién se pondría al frente del establecimiento? ¿Hardwick? ¡Infeliz! Ni siquiera una simple orden radiotelegráfica se habia atrevido a confiarle nunca sin que le salieran infinitos temores... ¿Hennesey?... ¡Bahl! Hennesey era tan calamitoso como el anterior y era muy de temer que con dos o tres semanas de combinaciones suyas, la institución fué devorada por los grandes peces de Londres o París.

—Muerto... ¿qué dirían de él los diaristas? ¿Qué sentimiento o qué frialdad alentaría en las necrologías? ¡Sería curioso leer! ¡Tal vez él las leyera algún día, pues probablemente se le vendría por muerto y era lógico esperar que algo dijeran de él. Fuera cual fuera el juicio de sus biógrafos, tendrían que reconocer su gran reactivivo, el temple que le habia hecho el amo de Wall Street. Nadie como él acreedor al justo título de magnate de las finanzas.

Con gesto opresor trató de alejar la imagen de la preciosa mujer, que le habia envuelto en un estivo de odio, al tiempo que forcejeaba por arrancarla a la muerte. Aquellas palabras de desprecio resonaban en sus oídos con vibraciones chirriantes, que destruyeron toda esperanza de nuevas venturas.



Acción de Monte Esquinza, 2 junio de 1874, por Pellieer.

Las oposiciones que tomó parte, optando por una ctedora en la Escuela de Bellas Artes. Todos los alumnos de esta Entidad, dejaron de asistir a las clases por algún tiempo y si bien no pudieron conseguir para su preferido la plaza, tampoco permaneció en ella su contrinante.

Habia entonces de director de la Escuela, el justitero señor Caba, el cual, viendo la continua obstinación de los estudiantes, en armar bulla en la clase del compeltor de Pellieer, reunió consejo de disciplina, y habiendo preguntado la causa de la rebeldía estudiantil al que le pareció el candidato de ella, el estudiante, con toda audacia, en medio del crepido de profesores, dijo: «Porque no sabe lo que se pesca». Hubo un gran murmullo de protesta entre los gestos de autoridad, y diciendo: «calma, señores... calma y dirigiéndose al atrevido estudiante le dijo: «cómo lo prueba usted?» Con esto, y le mostró el estudiante una corrección equivocada garrafalmente, que el señor profesor habia cometido. Verdad sería, cuando el profesor fué traheado casi inmediatamente.

Si el Gobierno no supo atender a los méritos de esta gloria nacional, en cambio tuvo amarguras de todas partes. Ilustró in-

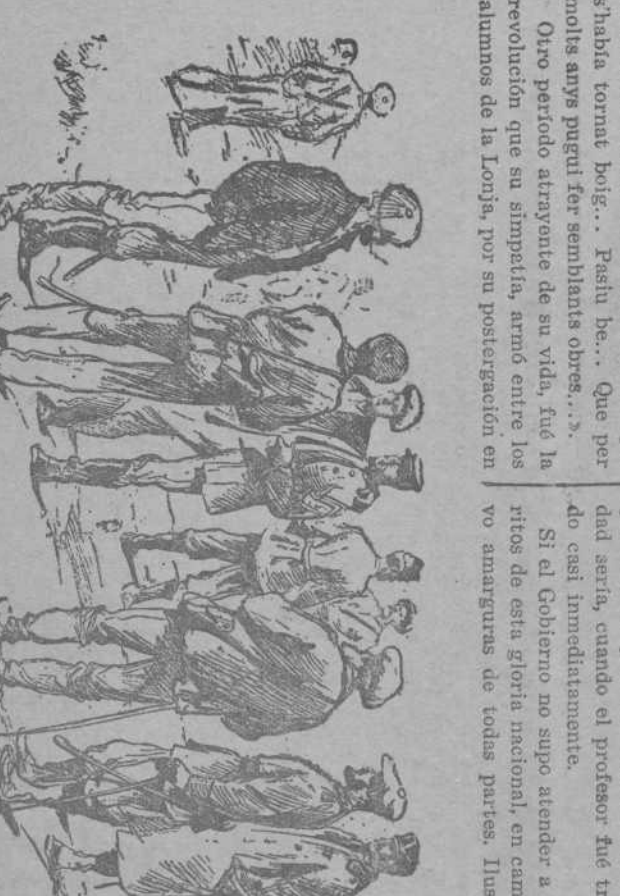
numerables obras, entre ellas los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós; «El Quijote» y «El Old Campeador». Colaboró con sus intenciones dibujos, periódicos, revistas locales; en «la Monde Ilustrado» de París; «The Gaffoy» de Londres; en la revista «Arts i Lletres»; «Bibliotheca Universis», de Montaner y Simón, siendo director artístico de «la Ilustración» editada por la misma casa; primer presidente y fundador de la «Sociedad Instituto Catalán de las Artes del Libro», etc.

De alma grande y espíritu abierto a todas las manifestaciones de progreso, vivió al unsono de los más nobles ideales de su tiempo. Fué el gran amparador del desgraciado, chistoso y ocurrencie, muy popular y querido por todo el mundo. Su sensibilidad exquisita le hizo el apóstol por toda clase de medios, de aquel estremecimiento sensitivo paternal que vibra en las obras de Michelet y de Eriekman Chatrman, del sentimiento que arranca el grito supremo de Berta de Suttner. «Abajo las armas». La visión de la guerra transformando al heroicos tipo de trovador en aquellas duras facciones entreceladas por una mirada dulce y profunda, dió también a su palabra un tinte calido y una atracción persuasiva a través de la cual, se entreveía su alma abrasada de un amor profundo a la humanidad y por eso en sus dibujos de la guerra se obsina en presentar los horrores de ésta y no la parte heroicamente pintoresca.

Una conferencia que dió sobre los partijos de estas luchas, fué emocionante. Esta especie de apostolado lo ejerció toda su vida. Todo su arte se inspira en la propugnación de la cultura y de las artes de la paz. Fué un despartador de innumerables aspectos artísticos. La decoración, el anuncio artístico, las artes del libro, la propugnación de museos... todo... toda clase de ideas tiles y aspiraciones generosas, encontraron un cooperador ferviente en esta alma inmensa del gran maestro Pellieer.

Nació en nuestra ciudad, el 12 de mayo de 1842, y murió en ella, también, en junio de 1901.

Joaquín Bas Gich



Oficiales carlistas en las avanzadas de Murrieta, Marzo de 1874, por Pellieer.